

## PREFACIO

Todo libro tiene su historia y este no es una excepción. Analicé por primera vez los asesinatos por eutanasia durante mi investigación sobre los juicios de criminales nazis en la Alemania de la postguerra. En los primeros años de postguerra, durante el final de la década de 1940, los Aliados no permitieron que los tribunales alemanes juzgaran los crímenes alemanes cometidos contra ciudadanos aliados. Por consiguiente, los primeros juicios alemanes solo se ocuparon de crímenes cometidos contra ciudadanos alemanes y, salvo una excepción, ninguno de estos guardaba relación con el asesinato masivo sistemático. Los asesinatos por eutanasia fueron esa excepción.

En 1981, tras presentar mis hallazgos sobre los juicios por eutanasia a principios de la postguerra en la conferencia anual de la *American Historical Association* en Los Ángeles, decidí utilizar los expedientes judiciales de la postguerra para construir una historia del programa nazi de eutanasia. A pesar de que uno de los primeros juicios estadounidenses de crímenes de guerra celebrados en la Alemania de la postguerra atañía a Hadamar, el tristemente célebre hospital dedicado a la eutanasia, y de que el primer juicio sucesor de Núremberg, conocido como el “juicio de los médicos”, también se ocupó en

parte del crimen de eutanasia, el asesinato en masa de pacientes de hospitales nunca se había abordado apropiadamente en los tratados de historia sobre la época nazi. Quedé convencido de que estos asesinatos merecían un estudio en tanto que prólogo al genocidio nazi.

No tardé en descubrir que una extensa documentación confirmaba la naturaleza de estos crímenes. Además de los juicios aliados, alemanes y austriacos de finales de la década de 1940, la justicia alemana había llevado a cabo numerosas investigaciones detalladas y celebrado largos procesos durante las décadas de 1960 y 1970. Seguí el rastro documental, que me condujo a incontables oficinas de fiscales alemanes, así como a un sinnúmero de archivos en Estados Unidos, Alemania y Austria.

Mientras leía las pruebas me di cuenta de que la descripción tradicional de las víctimas de eutanasia como “pacientes mentales [*Geisteskrank*]” era inexacta. Por descontado, sabía de siempre que el uso del término “eutanasia” en boca de los asesinos nazis era un eufemismo para camuflar sus asesinatos de seres humanos a los que habían designado como “indignos de vivir”; que su propósito no era acortar la vida de personas que padecían dolorosas enfermedades terminales sino matar a seres humanos a los que consideraban inferiores, quienes de lo contrario habrían vivido muchos años más. Aunque las víctimas estuvieran internadas en hospitales y residencias estatales, solo unas cuantas presentaban enfermedades mentales. Muchas fueron hospitalizadas por el mero hecho de tener discapacidad intelectual o por ser ciegas, sordas o epilépticas, o porque presentaban alguna deformidad física. Eran pacientes con discapacidad, personas que hoy, en Estados Unidos, están cubiertas por la *Act of Disabled Americans*. Estos pacientes tampoco fueron asesinados para liberar camas de hospital o

ahorrar dinero; a los asesinos les motivaba una obsesión ideológica para crear una nación robusta y homogénea fundamentada en la raza. Querían purgar las discapacidades del acervo génico nacional.

En 1985, cuando había concluido más o menos la mitad de mi investigación, el periodista alemán Ernst Klee publicó su valioso y detallado informe sobre el denominado programa de eutanasia, y a su libro pronto lo siguieron en Alemania numerosas crónicas de ámbito regional y local sobre los asesinatos por eutanasia. Estas obras alemanas reconocían la criminalidad de los homicidios que habían sido mal calificados de eutanasia. Los analizaron como un aspecto de los crímenes médicos nazis. Así se dio pie a un debate académico sobre la evolución de la medicina y la ciencia alemanas, que produjo en Alemania, Gran Bretaña y Estados Unidos abundantes obras académicas muy interesantes sobre la higiene racial, los médicos y la salud pública en la Alemania moderna.

Mi interés residía en otro aspecto. No tenía intención de escribir sobre la medicina alemana; quería entender los crímenes del régimen nazi. A mediados de la década de 1980, la lectura de los documentos me había convencido de que el programa de eutanasia guardaba una íntima relación con el genocidio nazi. Me di cuenta de que la ideología, la toma de decisiones, el personal y la técnica de las ejecuciones vinculaban la eutanasia con la “solución final”. Aun así, seguía pensando que la eutanasia no era más que un prólogo del genocidio. En 1984, el genetista Benno Müller-Hill publicó un análisis sobre la participación de científicos en los crímenes nazis, y sus argumentos me obligaron a reconsiderar mi interpretación. Comencé a ver que la eutanasia no era un simple prólogo sino el primer capítulo del genocidio nazi.

Me consta, por supuesto, que el término “genocidio” se acuñó para aludir al asesinato de grupos nacionales o étnicos. Sin embargo, las víctimas del genocidio nazi no fueron grupos nacionales sino grupos de seres humanos que supuestamente compartían características raciales. La herencia génica determinaba la selección de las víctimas. Por consiguiente, me vi obligado a definir el genocidio nazi –lo que en la actualidad suele denominarse el Holocausto– como el asesinato masivo de seres humanos por pertenecer a un grupo definido biológicamente.

Desde la publicación de la obra de Gerald Reitlinger, a mediados de la década de 1950, sobre la llamada solución final, los historiadores han asignado al asesinato de los judíos europeos una categoría totalmente distinta que al de otros grupos. El trabajo de Reitlinger demostró que si bien los nazis persiguieron, encarcelaron y con frecuencia ejecutaron a hombres y mujeres por su ideario político, su nacionalidad y su conducta, aplicaron contra los judíos una estrategia constante e intensiva de exterminio. En su campaña contra los judíos, mataron incluso a niños y ancianos, una política que no siguieron en el trato dispensado a otros de sus enemigos como, por ejemplo, los comunistas, los polacos, los testigos de Jehová y los homosexuales.

Mi investigación me convenció de que esta definición del genocidio nazi debía revisarse ligeramente puesto que los judíos no fueron el único objetivo seleccionado biológicamente. Junto a los judíos, los nazis asesinaron a los gitanos europeos. Definidos como un grupo racial “de piel oscura”, los hombres, mujeres y niños gitanos no pudieron escapar a su destino de víctimas del genocidio nazi. La biología también determinó el destino de las personas con discapacidad, quienes, igual que los judíos y los gitanos, no pudieron cambiar su condición para es-

capar de la muerte. Los nazis asesinaron a niños con discapacidad en pabellones hospitalarios, así como a hombres y mujeres ancianos en residencias. Comprendí que el régimen nazi solo había asesinado sistemáticamente a tres grupos de seres humanos: las personas con discapacidad, los judíos y los gitanos.

Este libro es un intento de explicar cómo se desarrolló el genocidio nazi. Desde el principio, el régimen excluyó de la comunidad nacional a los miembros de los tres grupos que constituían su objetivo. Durante la década de 1930, el régimen intensificó constantemente la persecución, adoptando políticas de exclusión cada vez más radicales, como la esterilización obligatoria de las personas con discapacidad, el encarcelamiento de los gitanos y la emigración forzosa de los judíos. Finalmente, el régimen decidió instaurar un programa de asesinatos masivos para erradicar a estos tres grupos objetivo.

La cronología del asesinato masivo nazi muestra inequívocamente que el asesinato de personas con discapacidad precedió al asesinato sistemático de judíos y gitanos. Los archivos muestran que Hitler tomó la decisión y que el gobierno y los burócratas del partido la implantaron en enero de 1940. Idearon un método para seleccionar a las víctimas, crearon centros de exterminio mediante gas, un singular invento alemán, y desarrollaron una técnica que procesaba a los seres humanos como en una línea de montaje dentro de esos centros.

La Cancillería del Führer, con ayuda del Ministerio del Interior del Reich, dirigió este programa de eutanasia, actuando a través de una organización pantalla conocida como T4 por el domicilio de su sede en Berlín, en el número 4 de la Tiergarten Strasse. Sin embargo, todos los esfuerzos por mantener el secreto no lograron impedir que se extendiera el conocimiento de los asesinatos, obligando a Hitler, en agosto de

1941, a ordenar el cierre de los centros de exterminio establecidos en suelo alemán. Pero los asesinatos continuaron en otras instituciones y por otros medios.

En cuanto las circunstancias fueron propicias, tras la invasión de la Unión Soviética en junio de 1941, el alcance de los asesinatos se amplió para incluir a los judíos y los gitanos. Hitler encargó a las SS y a la policía de Heinrich Himmler que pusieran en práctica esta solución final. Después de experimentar con fusilamientos masivos, que resultaron demasiado públicos, demasiado ineficientes y demasiado exigentes para los asesinos, los secuaces de Himmler tomaron prestada de la T4 la probada técnica de gasear. En cualquier caso, los asesinatos de la T4 habían demostrado que había hombres y mujeres normales y corrientes dispuestos a convertirse en asesinos profesionales.

El programa de eutanasia ocupa la mayor porción de este libro, en parte porque no es tan conocido como la solución final y en parte porque sirvió de modelo para todas las operaciones homicidas de los nazis. En el resto del libro he intentado mostrar la relación entre los asesinatos por eutanasia y la solución final. He aportado una crónica relativamente detallada del asesinato de los gitanos porque hasta ahora se ha prestado poca atención a su aniquilación. No he abundado en el asesinato de los judíos con gran detalle, pues ha sido objeto de mucho escrutinio y es relativamente bien conocido, pero sí que he abordado su persecución para establecer comparaciones, mostrar analogías y señalar puntos en común. Sin embargo, he tratado a fondo el asesinato de los judíos con discapacidad porque su destino no se había documentado previamente.

He examinado el contexto ideológico del genocidio en el primer capítulo, con la intención de mostrar cómo la creencia en la desigualdad de los hombres produjo teorías que señalaban la inferioridad, la degeneración y la criminalidad de las personas con discapacidad y de los miembros de razas diferentes. El antisemitismo fue un aspecto de esta ideología de la desigualdad, pero como su historia es bien conocida no he hecho hincapié en la *judeofobia* de los dirigentes nazis. La ideología nazi era imperante, y los asesinos de la T4 compartían la misma visión ideológica sobre la raza. Dado que su adhesión a la ideología nazi es un hecho, me he concentrado en su implicación con el partido, fiel reflejo de su compromiso con esa ideología, así como en los motivos no ideológicos que tuvieron para convertirse en asesinos.

El genocidio nazi, el asesinato en masa de grupos enteros de seres humanos determinados biológicamente, costó la vida a millones de hombres, mujeres y niños en el breve periodo de cuatro años y cuatro meses. La cifra de seis millones de muertos sin duda no es excesiva si tenemos en cuenta a todos los judíos, gitanos y personas con discapacidad que asesinaron los nazis.

*Bethesda, Maryland*  
Septiembre 1993